



info | 08 2017 | ISSN 2255-4564

Este artículo fue publicado en el Lippincott's Magazine, en marzo de 1896.
Su contenido es de dominio público. Versión en lengua castellana de Eugenio Vega.
Creative Commons 2017. Info

El edificio de oficinas de gran altura desde una perspectiva artística

Louis H. Sullivan

I

Los arquitectos de este país y de esta generación se enfrentan con algo nuevo bajo el sol, es decir, con la evolución y la integración de las problemas sociales, en especial, aquellos que demandan la construcción de edificios de oficinas de gran altura. No es mi propósito discutir esa situación; la acepto como tal y digo de inmediato que el diseño de estos edificios debe reconocerse y afrontarse como algo que precisa una solución adecuada.

Explicuemos esas circunstancias de la manera más clara. Brevemente, son las siguientes: las oficinas son necesarias para el desarrollo de los negocios; la invención y mejora de los ascensores de alta velocidad han permitido que los recorridos verticales, que eran tediosos y difíciles, sean ahora más fáciles y cómodos; los avances en la fundición del acero han mostrado el camino que conduce a construcciones seguras, rígidas y económicas que pueden alcanzar una gran altura; el crecimiento continuo de la población en las grandes ciudades, la consiguiente congestión de los centros urbanos y el aumento del precio del suelo, han animado a incrementar el número de plantas, que se apilan con éxito unas encima de otras, como reacción al precio del suelo; y así sucesivamente, por acción y reacción, por interacción e *interreacción*. De esto modo, ha tomado forma esa modalidad de construcción en altura denominada "edificio moderno de oficinas", como respuesta a la demanda que plantea una nueva categoría de problemas sociales que ha encontrado su espacio y su nombre.

Hasta aquí toda evidencia es material, una exhibición de fuerza, de resolución, de cerebro, en el estricto sentido de la palabra. Un producto conjunto del especulador, del ingeniero y del constructor.

Problema: ¿Cómo podremos imbuir a este bloque estéril, a esta aglomeración ruda, dura, brutal, a esta exclamación rígida de una lucha eterna, la gracia de aquellas formas superiores de sensibilidad y cultura que descansan en las pasiones más intensas y primarias? ¿Cómo proclamaremos desde la altura vertiginosa de este raro, extraño y moderno techo, el pacífico evangelio del sentimiento y de la belleza, el culto de una vida superior?

Este es el problema; Y debemos buscar la solución en un proceso análogo a su propia evolución, a su continuación, es decir, paso a paso, desde lo general a lo particular, desde las consideraciones más groseras a las más delicadas.

Es mi creencia que la esencia misma de un problema es que contenga y sugiera su propia solución. Creo que esto es una ley natural. Examinemos, pues, cuidadosamente los elementos, indagemos esta sugerencia contenida, esta esencia del problema.

Las condiciones prácticas son, en líneas generales, las siguientes:

En primer lugar, un piso bajo tierra, que contiene calderas, motores de varios tipos, etc., en resumen, la planta de la energía, la calefacción, la iluminación, etc. En segundo lugar, una planta baja, así llamada, dedicada a las tiendas, los bancos o a otros establecimientos que requieran grandes superficies, espacios amplios, mucha luz y gran libertad de acceso. En tercer lugar, un segundo piso fácilmente accesible mediante escaleras, habitualmente resuelto con grandes subdivisiones, con la correspondiente libertad en su estructura espacial, con abundancia de vidrio y de aberturas externas. En cuarto lugar, y por encima del anterior, un número indefinido de plantas con oficinas, apiladas unas sobre otras, cada una igual que la anterior, cada despacho idéntico a los demás, cada oficina semejante a la celda de un panel, nada más. En quinto y último lugar, en la parte superior de este bloque una planta que, en cuanto a la vida y utilidad de la estructura, es puramente fisiológica por su naturaleza, es decir, el ático. Con ello se

completa un sistema circulatorio que da la vuelta, subiendo y bajando. El espacio está lleno de tanques, tuberías, válvulas, poleas, mecánicos y demás dispositivos que suplementan y complementan la fuerza que origina la planta escondida bajo el suelo en el sótano. Finalmente, o mejor dicho, al principio, debe haber en la planta baja una abertura o entrada principal común para todos los ocupantes o clientes del edificio.

Esta organización es, en general, habitual en los edificios de oficinas de gran altura de todo el país. En cuanto a los arreglos necesarios para los patios de luces, no son pertinentes para este problema y, como confío que quedará pronto en evidencia, no será necesario considerarlos aquí. Estas y otras cosas, como la disposición de los ascensores, por ejemplo, tienen que ver estrictamente con la economía del edificio y supongo que se consideran y disponen para satisfacer las necesidades puramente utilitarias y pecuniarias. Solamente, en raros casos, el plan o la disposición del suelo de un edificio así adquiere un valor estético, y sucede generalmente cuando los patios de luces son externos o se convierten en una característica interna de gran importancia.

Como lo que aquí busco no es una solución aislada, sino una tipología, la atención debe limitarse a esas condiciones que, en lo principal, son constantes en todos los edificios de este tipo, por tanto, queda fuera de consideración cualquier variación incidental y accidental, por ser perjudicial para la claridad de la investigación principal.

La división práctica horizontal y vertical o la unidad de oficina se basa naturalmente en un espacio de una confortable superficie y altura, cuyo tamaño estándar predetermina naturalmente la unidad estructural y, aproximadamente, el tamaño de los huecos de las ventanas. A su vez, estas unidades de estructura puramente arbitraria forman, de manera igualmente natural, la verdadera base del desarrollo artístico del exterior. Por supuesto, el espacio estructural y los huecos en el primer piso, o planta mercantil, han de ser los más grandes de todos; los del segundo piso, o planta semimercantil, son de naturaleza algo parecida. Los espacios y aberturas en el ático no tienen importancia (las ventanas carecen de valor real) porque la luz puede tomarse de la parte superior, y no necesita una división celular en su estructura espacial.

Así que, inevitablemente, y de la forma más sencilla posible, si seguimos nuestros instintos naturales, sin tener en cuenta los libros, las reglas, los precedentes ni ningún otro impedimento educativo para un resultado espontáneo y “sensible”, diseñaremos el exterior de nuestro edificio de oficinas de la siguiente manera:

Si empezamos con el primer piso, le daremos una entrada principal que atraiga la mirada a su emplazamiento y trataremos el resto de la planta de una manera más o menos libre, expansiva, suntuosa; una solución basada en las necesidades prácticas, pero expresada con un sentimiento de amplitud y libertad. Haremos algo similar con el segundo piso, pero con menos pretensiones. Por encima de él, un número indefinido de pisos con las típicas oficinas nos dará la medida de la celda individual, que requiere una ventana con su muelle separador, su alféizar y dintel y, sin más, los haremos parecer iguales porque son todas iguales. Esto nos lleva al ático, que no está dividido en celdas, ni necesita una iluminación especial, y que permite mostrar, gracias a la extensión de sus pared y su peso y carácter dominantes, lo que es un hecho, es decir, que la sucesión de oficinas ha llegado definitivamente a su fin.

Puede parecer un resultado simple y una forma negativa y descarnada de decirlo, pero aún así hemos dado un paso más allá del imaginario y siniestro edificio, producto de la combinación entre el especulador, el ingeniero y el constructor. La mano del arquitecto se siente ahora definitivamente en la posición decisiva, y se hace evidente la sugerencia de una expresión completamente sana, lógica y coherente de la situación.

Cuando hablo de la mano del arquitecto, no me refiero necesariamente a un consumado profesional con una gran formación. Pienso sólo en alguien con un gusto intenso y natural por los edificios, y con una disposición a moldearlos a lo que parece su naturaleza sincera de una manera directa y simple. Quizá camina por una ruta inocente entre el problema y su solución, y en eso mostrará un regalo envidiable de la lógica. Si tiene algún don para el detalle, un cierto amor por ello, el resultado, además de su naturalidad y plenitud general, tendrá algo del encanto del sentimiento.

Sin embargo, hasta ahora los resultados son tan solo parciales y provisionales, en el mejor de los casos. Son relativamente así, superficiales. Nuestro instinto, sin duda, acierta, pero debemos buscar una justificación más completa, una sanción más atinada para todo ello.

II

Doy por sentado que para estudiar nuestro problema pasamos por diversas etapas en la investigación de la siguiente manera: en primer lugar, la base social que demanda edificios de oficinas de gran altura;

en segundo lugar, literalmente, su satisfacción material; en tercer lugar, elevar la cuestión desde consideraciones sobre la planificación, la construcción y el equipamiento hasta el plano de la arquitectura elemental como consecuencia directa de un edificio sano y sensible; en cuarto, la cuestión se eleva de nuevo desde una arquitectura elemental a una verdadera expresión arquitectónica, con la añadidura de una cierta calidad y cantidad de sentimiento.

Pero aunque nuestro edificio cumpla en buena medida con todo eso, sin embargo, puede estar lejos de haber alcanzado una solución adecuada para el problema que trato de definir. Ahora debemos prestar atención a la voz imperativa de la emoción.

Nos pregunta: ¿cuál es la principal característica del edificio de oficinas? Y respondemos que su gran altura. Esta elevación es para la naturaleza del artista su aspecto más emotivo. Es la verdadero razón de su atractivo. Debe ser el acorde dominante en esa expresión, lo que verdaderamente excite su ingenio. Ha de ser alto, cada centímetro debe serlo también. La fuerza y el poder de la altura deben formar parte del edificio, la gloria y el orgullo de la exaltación deben formar parte del edificio. Cada centímetro debe mostrarse orgulloso y altivo, debe elevarse en una pura alegría, que de abajo arriba sea una unidad sin una sola línea disonante, que sea lo nuevo, lo inesperado, la elocuente disertación de las condiciones más simples, más siniestras y más difíciles.

El hombre que diseña con ese espíritu y que se siente responsable ante la generación a la que pertenece no debe ser cobarde, ni negativo, ni comportarse como un ratón de biblioteca, ni como un diletante. Debe vivir de su vida y para su vida, en el sentido más completo y consumado. Debe darse cuenta de inmediato, dominado por la inspiración, de que el problema de un edificio así es una de las más formidables, una de las mejores oportunidades que el Señor de la Naturaleza, en Su benevolencia, ha ofrecido al orgulloso espíritu del hombre.

Que tal cosa no se haya percibido, sino que, incluso, se haya negado de manera rotunda, es una muestra de la perversidad humana que debe darnos que pensar.

III

Otra consideración más: elevemos esta pregunta a una zona más tranquila, a la observación filosófica. Busquemos una solución completa y definitiva: dejemos que el problema se diluya.

Ciertos críticos, muy reflexivos, han avanzado la teoría de que el verdadero prototipo del edificio de oficinas de gran altura es la columna clásica que consta de base, eje y capitel; la base moldeada de la columna tiene que ver con los pisos inferiores de nuestro edificio, el eje llano o acanalado sugiere la monótona e ininterrumpida serie de oficinas; y el capitel se corresponde con el poder y el lujo del ático.

Otros teóricos, que asumen un simbolismo místico a modo de guía, citan las muchas trinitades presentes en la naturaleza y en el arte, y lo bello y evidente de esa trinidad en la unidad. Afirman la belleza de los números primos, el misticismo del número tres, la belleza de todo lo que se muestra en tres partes. A saber, el día, que se articula en mañana, mediodía y noche; el cuerpo, formado por cabeza, tronco y extremidades. Por eso dicen que edificio debiera estar dividido verticalmente en tres partes, como antes, pero por motivos diferentes.

Otros, de temperamento puramente intelectual, sostienen que tal diseño está en la naturaleza de una declaración lógica; debe haber un principio, un medio y un final, cada uno de ellos claramente definido. Por tanto, un edificio, como antes decíamos, debe organizarse verticalmente en tres partes.

Otros, buscan ejemplo y justificación en el reino vegetal. Urge que tal diseño sea sobre todo orgánico. Citan la flor adecuada con su racimo de hojas en la tierra, su largo tallo agraciado, con una hermosa y única flor. Apuntan al pino, a sus raíces desordenadas, a su tronco inmovilizado, intacto, a su alto mechón de verde en el aire. Así, dicen, debe ser el diseño del edificio de oficinas de gran altura: nuevamente, organizado verticalmente en tres partes.

Otros, aún más susceptibles al poder de la unidad que a la gracia de la trinidad, dicen que un diseño así habría de ser eliminado de un golpe, como haría un herrero o un poderoso Júpiter, o que debiera concebirse como lo fuera Minerva, ya crecida. Aceptan y dan la bienvenida a la noción de triple división como algo admisible, pero no esencial. Para ellos es una subdivisión de una unidad que no proviene de la alianza de tres elementos; lo aceptan sin el menor murmullo, siempre y cuando esa subdivisión no perturbe el sentimiento de soltería y reposo.

Todos estos críticos y teóricos están de acuerdo, sin embargo, positivamente, inequívocamente, en que el edificio de oficinas no tendría que ser, no debería ser un campo para la exhibición del conocimiento arquitectónico en su sentido enciclopédico. En un caso así, un exceso de formación es tan peligroso, tan desagradable, como el escaso conocimiento, la miscelánea es aborrecible a su juicio; que

un edificio de dieciséis plantas no debe consistir en dieciséis edificios separados, distintos y sin relación, apilados uno sobre otro, hasta que alcancen la cima del bloque.

A esta última locura no me hubiera referido si no fuera porque, en efecto, nueve de cada diez edificios de oficinas de gran altura están diseñados precisamente de esta manera, no por ignorantes, sino por gentes bien formadas. Pareciera, sin duda, que ese arquitecto “educado”, al enfrentarse a este problema, fuera asediado en cada piso o, a lo sumo, en cada tres o cuatro pisos, por el temor histérico de estar en “baja forma”; no sea que no haya acicalado el edificio con suficientes citas de esta, de aquella, o de cualquier otra “correcta” construcción de otro tiempo y lugar; No sea que no abunde en la exhibición de sus mercancías; para que no deje en evidencia, en fin, su falta de recursos. Relajar el tacto de esa mano apretada y nerviosa, permitir que los nervios se calmen, que el cerebro se enfríe, reflexionar con ecuanimidad, razonar naturalmente, parece fuera de su alcance; por así decirlo, vive despierto una pesadilla llena de lo *disjecta membra* de la arquitectura.¹ Un espectáculo poco estimulante.

En cuanto a las serias opiniones sostenidas por críticos exigentes y reflexivos, que antes he mencionado, con mucho pesar disiento de ellas en lo que respecta al propósito de esta demostración porque las considero secundarias, en ningún caso esenciales. Y como no afecta en absoluto a lo vital, al núcleo de la materia, la verdadera, la inamovible filosofía del arte arquitectónico.

Esta visión me permite argumentar, en la medida que contribuye a la solución del problema, una fórmula final e integral:

Todas las cosas de la naturaleza tienen una forma, es decir, un aspecto, una apariencia exterior que nos dice lo que son, que las distingue de nosotros mismos y que distingue a cada una de las demás.

En la naturaleza estas formas expresan la vida interior, la cualidad natural del animal, del árbol, del pájaro, del pez, y nos las presentan a nosotros; son tan características, tan reconocibles, que decimos simplemente que es “natural” que así sea. Sin embargo, cuando miramos bajo esa superficie de las cosas, en el momento en que lo hacemos a través del reflejo tranquilo de nosotros mismos y de las nubes que tenemos encima, en que miramos hacia abajo en la profundidad clara, fluida e insondable de la naturaleza, ¡que sorprendente es su silencio, que increíble es el flujo de la vida, que absorbente es su misterio! Cada vez más, la esencia de las cosas toma forma en su misma materia, y a ese proceso indescriptible lo llamamos nacimiento y crecimiento. A veces, el espíritu y la materia se desvanecen juntos, y a esto lo que llamamos decadencia, muerte. Estos dos acontecimientos aparecen unidos e interdependientes, mezclados en uno, como una burbuja y su iridiscencia, y parecen llevados por un viento que se mueve lentamente. Un aire maravilloso, más allá de todo entendimiento.

Sin embargo, para la firme mirada de quien está al lado de las cosas, de quien mira sobre todo y con amor a ese lado donde brilla el sol y que sentimos como algo gozosamente concebido para ser vida, el corazón se alegra cada vez por la belleza, la exquisita espontaneidad, con la que la vida busca y adquiere sus formas en un acuerdo que responde perfectamente a sus necesidades. Parece siempre que la vida y la forma sean absolutamente inseparables, una sola cosa, tan adecuada es la sensación de plenitud.

Ya sea el enorme águila en su vuelo, o la flor abierta del manzano, el duro trabajo de la bestia de carga, el cisne alegre, el roble lleno de ramas, la corriente sinuosa a su pie, las nubes en el cielo, ante todo el sol, la forma sigue siempre a la función, y esa es la ley. Donde la función no cambia, la forma no cambia. Las rocas de granito, las inquietantes colinas, permanecen durante siglos; el rayo vive, toma forma y muere en un abrir y cerrar de ojos.

Es la ley imperante de todas las cosas orgánicas e inorgánicas, de todas las cosas físicas y metafísicas, de todas las cosas humanas y de todas las sobrehumanas, de todas las manifestaciones verdaderas de la mente, del corazón, del alma, que la vida es reconocible en su expresión, que la forma siempre sigue a la función. Esa es la ley.

Entonces, ¿violamos diariamente esta ley con nuestro arte? ¿Somos tan decadentes, tan imbéciles, tan faltos de visión, que no somos capaces de percibir esta verdad tan sencilla, tan simple? ¿Es realmente una verdad tan transparente que vemos a través de ella, pero que no podemos verla? ¿Es de veras algo maravilloso, o es más bien tan común, tan cotidiano, tan cercano, que no podemos percibir que la forma, el aspecto, la expresión exterior, el diseño, o lo que queramos del edificio de oficinas de gran altura, debe seguir conforme a la naturaleza misma de las cosas las funciones del edificio, y que donde esa función no cambie, tampoco habría de cambiar la forma.

¿No nos muestra esto, de manera comprensible, clara y concluyente, que los pisos más bajos adquieren un carácter especial adecuado a sus especiales necesidades, mientras los niveles de oficinas, con su función inalterable, continúan con la misma forma invariable; y que la función del ático, específica y concluyente, como corresponde a su propia naturaleza, debería ser tan vigorosa, tan

1. Nota de la traducción. *Disjecta membra* es una locución latina que significa literalmente ‘miembros dispersos’.

significativa, tan continuada y evidente en su expresión externa? De esto resulta, naturalmente, involuntariamente, de forma espontánea, una división de tres partes, que no viene de ninguna teoría, ni símbolo ni lógica imaginada.

Y así el diseño de un edificio de oficinas de gran altura ocupa su lugar junto a otras formas arquitectónicas concebidas cuando la arquitectura, como ha sucedido una vez en muchos años, era un arte vivo. Testigo del templo griego, de la catedral gótica, de la fortaleza medieval.

Y así, cuando el instinto nativo y la sensibilidad gobiernen el ejercicio de nuestro amado arte; cuando la ley conocida, la ley respetada, sea aquella de que la forma siempre sigue la función; cuando nuestros arquitectos dejen de pavonearse y parlotear, atados de manos y llenos de vanidad, en el asilo de una escuela extranjera; cuando lo sientan verdaderamente, cuando acepten con alegría que esta ley trae el airoso sol de los campos verdes y nos da una libertad que la misma belleza y suntuosidad de la obra misma de la ley, tal como se exhibe en la naturaleza, disuadirá a cualquier hombre sensible de cambiar; cuando se haga evidente que hablamos una lengua extranjera con un fuerte acento americano, cuando todos y cada uno de los arquitectos de este país, bajo la influencia benigna de la ley, expresen de la manera más simple, más modesta, más natural, lo que tienen que decir: podrían desarrollar su propia individualidad y el arte arquitectónico se convertiría en una forma viva de expresión, una forma natural de expresión que añadiera pequeños y grandes tesoros al creciente arte de su país. Cuando sabemos que la naturaleza es nuestro amiga y la sentimos como tal, cuando vemos que no es nuestra implacable adversaria, que una tarde en el campo, una hora junto al mar, una vista de un día cualquiera, al amanecer, al mediodía y al crepúsculo, nos sugerirá lo que de rítmico, profundo y eterno tiene ese vasto arte de la arquitectura; algo tan profundo, tan cierto, que todas esas estrechas formalidades, esas reglas estrictas y urgentes y esos lazos estranguladores de las escuelas no podrán sofocar lo que llevamos dentro; podrá entonces proclamarse que estamos en el camino de un arte natural y satisfactorio, una arquitectura que pronto se convertirá en un arte en el verdadero, en el mejor, sentido de la palabra. Un arte que vivirá porque será del pueblo, por el pueblo y por el pueblo.

Cómo citar este artículo: SULLIVAN, Louis H (2017) “El edificio de oficinas de gran altura desde una perspectiva artística”. infolio n° 8. ISSN 2255-4564. [fecha de consulta: dd/mm/aa] <http://www.infolio.es/articulos/sullivan/oficinas.pdf>

Infolio

infolio | 08 2017 | ISSN 2255-4564

Este artículo fue publicado en el Lippincott's Magazine, en marzo de 1896.
Su contenido es de dominio público. La versión en lengua castellana corrió a cargo de Eugenio Vega.
Creative Commons 2017. Infolio